cientes núcleos urbanos, donde se fantasea con la necesidad de leer y contar historias bajo los árboles para salvarlos de la extinción. Es, claramente, pura ficción, pero. ¿Y si fuera cierto?.

Llegó el momento de regresar. y arribamos al puerto con nuestra mercancía: "palabras, palabras que cuando se expresan a través de la narración oral poseen un poder extraordinario" Y decidimos usar esa idea como elemento estratégico para entender la dinámica del mundo.

[resumen de la microponencia colgada en www.cuentistas.info]

Microponencia: La palabra musical: entre el canto y el cuento

Charo Pita (pitasilvestre@eresmas.com)
[microponencia enviada al Encuentro por Charo quien, a última hora, no pudo venir]

"Su opinión... es que el origen del habla radica en la canción y el origen de la canción en la necesidad de llenar por medio del sonido la inmensidad y el vacío del alma humana."

Coetzee

No es exacto decir que la música forma parte de las palabras: las palabras, lo queramos o no, son música en sí mismas. Las inflexiones que utilizamos al hablar, no difieren mucho de las que necesitamos para cantar. Las reglas de la prosodia, la cadencia, el timbre, los acentos, la dicción, la intensidad, los matices, el ritmo, los silencios, la curva melódica en la que se asienta cada frase, elementos todos ellos de índole también musical, son la base fundamental sobre la que se construye la comunicación humana, moldeando significados, enriqueciendo cada texto con un número infinito de posibilidades expresivas.

Debussy escribió: "la música se hizo para lo inexpresable". Yo no estoy del todo de acuerdo: para mí las palabras conforman precisamente esa parte de la música que, a través de la yuxtaposición de una serie de fonemas sonoros, nos ayuda a esclarecer el universo.

Voy a ser osada. De entre todas las disciplinas musicales existentes me atrevo a afirmar que las más cercanas son la narración oral y el canto. Una cosa por encima de todas las une: la persona que narra, al igual que la que canta, porta en sí misma el instrumento preciso para llevar a cabo su tarea. El cuerpo humano es el emisor, el resonador, lo que dota a la frase de toda su intensidad sonora y tímbrica. Mimar el cuerpo en su forma rítmica, dominar la armonía única e intransferible de sus miembros facilita la amplitud, regala dimensiones nuevas, rebasa en un abrazo cuyo calor es la voz.

Cualquier instrumento de cuerda, si está bien afinado, vibra por simpatía ante el sonido del diapasón, no hace falta contacto más íntimo que el que ofrecen las ondas sonoras. De la misma forma fluye el oyente ya sea ante un cántico o ante un relato. El sentido

de las palabras se duplica, la voz crece sugerente cuando el vocalista, cantante o narrador, se maneja a sí mismo sin miedo, sin tensión, sin mentira, integrando el eco de cada sonido en su anatomía, su psique, su duende, únicos.

Nuestra manera de decir es una pura sinfonía.

Por eso, desde mi lamentable ausencia en este encuentro (yo la lamento, no sabéis cuánto) y como ferviente admiradora de estas dos artes, cantar y contar, aventuro para vosotros lo que sigue: ambas son manifestaciones diferentes de lo mismo, un proceso de exploración universal y orgánica; un buscar instrumentos indeterminados, pero fabulosos donde antes sólo sentíamos vacío, carne, huesos; una sorpresa en el decirse, un juego de ecos, una manifestación irremediable a través de los labios afinando nuestra humanidad a la manera de los violines, para hacer que la música (sílaba o arpegio) se derrame en cualquier parte, ahí, entre vosotros, por ejemplo.

PD: Me gustaría un imposible: que, como música de fondo mientras se lee esta pequeña exposición, sonase el último disco de Björk, exuberante en voces, o la banda sonora de la película *Tous le Matin du Monde*, pues ambas me han acompañado en el proceso de escritura.

Gracias a estas melodías por ayudarme.
Gracias a vosotros por escuchar.